

El Estado-nación, ámbito necesario en la lucha contra el neoliberalismo y la mundialización económica

Octavio Rodríguez Araujo

Para iniciar una revolución hay que tener un país.

En El hombre de Kiev

Hay una dialéctica interesante, pienso, en la referencia a los Estados-nación y la mundialización económica (globalización, le llaman otros autores) que caracteriza a la fase actual del capitalismo. Una diferencia sustancial debe establecerse cuando hablamos de Estados-nación: los Estados-nación de los países propiamente desarrollados, los que sostienen, protegen y aseguran a los principales grupos de empresas transnacionales y que, además, son hegemónicos en las instituciones derivadas de Bretton Woods, y los Estados-nación de los países subdesarrollados y de los que, formalmente, se ubican en el primer mundo sin pertenecer realmente a éste.

Esta diferencia no era igual en los años posteriores a la Segunda Guerra mundial, ni siquiera en los sesenta. En aquella época las empresas transnacionales buscaban países en los cuales invertir y dichas inversiones, dirigidas en gran medida a la producción y a la comercialización más que a la especulación monetaria, eran diferenciadas, por zonas económicas internacionales e intranacionales. Así, por ejemplo, con el apoyo del Plan Marshall (1947 y años siguientes), se escogió a Europa occidental para la inversión en bienes de capital y de consumo duradero y en esos mismos años algunos países de América Latina (México, Argentina y Brasil, principalmente) para bienes de consumo no duradero y para extracción de materias primas. Posteriormente, mediante la Alianza para la Producción (1961 y años siguientes), fueron escogidos los mismos países de América Latina y otros en segundo lugar (Chile, Colombia, Venezuela) para expandir la industria manufacturera con tecnología que en Estados Unidos, para el caso, no era ya adecuada para la competencia mundial.

El modelo imperialista de los años cincuenta y sesenta no intentaba romper con la unidad constitutiva de los Estados-nación, sino que se trataba de que en cada uno de éstos hubiera condiciones para una clara ubicación en la división del trabajo mundial y que se eliminaran, internamente, los obstáculos existentes para la expansión de las empresas transnacionales y del capital en su conjunto basado en la industria manufacturera como eje. Los obstáculos existentes fueron, en general, la pobreza, la estrechez del mercado interno por bajos salarios, la supervivencia de un amplio sector rural fuera de la economía monetaria y de la producción mercantil, la competencia de

productos industriales producidos en las metrópolis a precios más bajos que en la periferia, y la ausencia de comunicaciones suficientes que facilitarían la rápida comercialización de la producción. Los Estados y sus respectivos gobiernos debían ser fuertes para impulsar las medidas necesarias para abatir tales obstáculos. El populismo ya no era funcional para la expansión del capital, pero sí un alto grado de intervencionismo estatal con dosis necesarias de autoritarismo, incluyendo dictaduras militares, para garantizar esas condiciones.

El modelo imperialista de los años setenta y siguientes, cuyo primer experimento en América Latina fue Chile y su dictadura militar, es diferente, porque diferentes fueron y son sus bases determinantes. El eje de la acumulación es el capital financiero (que no excluye industrias y servicios), las naciones poco importan, como tampoco regiones en cada país. El papel del Estado es mucho menor (reducido al mínimo) y los gobiernos sólo pueden ser fuertes hacia el interior de sus países y hacia las capas subordinadas de la población. En este modelo no importan los que antes se denominaban obstáculos para el desarrollo acelerado de la industria manufacturera, puesto que ésta no es más el eje de la acumulación. Por lo tanto, la ampliación de los mercados internos de los países subdesarrollados, el crecimiento industrial hacia adentro y la infraestructura generalizada para la producción y la comercialización dejaron de ser prioritarios y el énfasis se puso en la incorporación de zonas rurales susceptibles de convertirse en zonas de producción a escala (abandonando a su suerte las que no tuvieran esta característica), y un Estado suficientemente interventor en un rubro concreto: los salarios. Todo lo demás, inclusive la educación, la capacitación de la fuerza de trabajo y la infraestructura de comunicaciones y de energía, pasaría al “libre” juego del mercado y por lo tanto al ámbito de los capitales más fuertes. En una palabra, un ataque directo a la unidad constitutiva de los Estados-nación y a las economías nacionales.

De aquí que entender la diferencia cuando hablamos de Estados-nación y de mundialización de la economía (que no es tal puesto que excluye a regiones de países, a países enteros y a amplias zonas en cada país, según el caso), no es un ejercicio académico, sino una aproximación al diagnóstico de nuestro tiempo como paso obligado para la estrategia que los pueblos excluidos o en vías de exclusión deberán elaborar para sobrevivir.

Cuando hablamos de la alternativa contra el neoliberalismo vía el fortalecimiento de los Estados-nación sobre bases populares, democráticas y verdaderamente representativas, se está proponiendo una estrategia de abajo hacia arriba que atenta contra el Estado pero que defiende al Estado como fuerza posible y necesaria contra el neoliberalismo y lo que éste significa para la mayoría de la población mundial.

Lo anterior requiere una explicación, pues así planteado parece contradictorio y simple. Los Estados-nación, los de la periferia, corren el riesgo de desaparecer en beneficio de las grandes fuerzas económicas que hoy dominan el mundo. Desaparición, en este contexto, no es una figura que deba tomarse literalmente en todos los casos. Significa que una parte de las naciones quedará al margen "del sistema", la parte donde no se pueden reproducir las relaciones económicas dominantes y las que le sirven de apoyo en regiones y ciudades. En México estaríamos hablando de las regiones más atrasadas en la lógica del capital, es decir los pueblos indígenas persistentes, las zonas rurales de autoconsumo precario y de vida miserable y sin recursos, las pequeñas empresas que se han visto obligadas a cerrar o que pronto tendrán que cerrar, las franjas de población urbana que no tendrán trabajo estable en los próximos veinte años, los desocupados sin capacidad de consumo, los parias que el modelo económico está produciendo a mayor ritmo que en los inicios de la revolución industrial o en la crisis del 29. En Africa, para ubicarnos en un extremo inadmisibile pero que está en curso, estaríamos hablando de países enteros para los cuales el futuro no existe y el presente es la muerte por hambre y pandemias.

Es importante que se entienda que la mundialización de la economía, en su presente y en su dinámica, es parcial, le corresponde a los países del norte y a algunas regiones, muy pocas, en países del sur. Este dato no debe ser olvidado siquiera por quienes, desde sus escritorios, defienden el modelo. El comercio, las inversiones y los flujos financieros están concentrados en Europa, Estados Unidos y Japón. Y el promedio de implantación de las firmas multinacionales en el extranjero es también parcial, modesto dice Husson¹, y nos ofrece los siguientes datos de 1990: dicha implantación representaba, respectivamente, seis, 17 y 20 por ciento de la producción de las firmas industriales japonesas, alemanas y estadounidenses y, en el mismo año (1990), el flujo de inversiones directas al extranjero sólo representaba el 1.1 por ciento del producto bruto mundial. Como puede verse, la mundialización (o globalización) es dominante, sí, pero sólo parcial por cuanto a sus beneficios y alcances.

Para imponer este modelo, un modelo que sólo presenta soluciones para los menos, es necesario acabar con las fronteras salvo para detener a la población obligada a emigrar (que no tiene cabida en los países más desarrollados que a su vez producen también sus parias sin destino, pero en menor cantidad y en cierta forma absorbibles por el sistema). En otras palabras, los países sólo servirán, como zonas geográficas, para contener a su población dentro de sus fronteras, con la excepción de la gente vinculada al mercado mundial en condiciones aceptables para éste. Y como Estados-nación, sólo servirán para

¹ Michel Husson, *Misère du capital. Une critique du néolibéralisme*, Paris, Syros, 1996.

controlar a su población en términos salariales, organizativos y, desde luego, por lo que se refiere al bienestar y al empleo. Estos elementos serán, si acaso, lo último que se desnacionalizaría y lo menos que tendrán que seguir controlando los Estados nacionales de los países periféricos, por más dependientes que sean sus gobiernos. Estos, para decirlo con sencillez, juegan y jugarán cada vez más el papel de autoridades municipales (proveer la infraestructura y los bienes públicos que los hombres de negocios necesitan a bajos costos)², trabajar como contadores públicos en todo lo que se refiere a prestaciones, salarios, contrataciones, salud y educación, y como policías en lo que implica mantener tranquila y controlada a la población que está sufriendo las consecuencias del modelo. El control sobre la economía nacional en función de los intereses nacionales, sólo es permitido, en el modelo, a los países sede de las firmas multinacionales, no al resto de los países del mundo.

Por lo anterior, resumido al máximo, es que los Estados-nación deberán ser defendidos, no por lo que son ni por lo que representan ahora, sino por lo que pueden ser sobre nuevas bases y nuevas correlaciones de fuerzas. La construcción de nuevas bases y la organización de nuevas fuerzas sólo será posible, en principio, en donde hay identidades concretas frente a factores externos de dominio. Y una de estas identidades es la nación.

Plantear la defensa del Estado-nación no necesariamente es proponer el nacionalismo y, mucho menos, la defensa del Estado como es y por lo que representa. No son las bases de la sociedad las que han pervertido la idea de nación, sino los dirigentes, los dueños del capital. Pero ya es tiempo de usar la defensa de la nación con otro significado, con un sentido popular.

La ruptura de la nación es, en la fase actual del capitalismo, una necesidad para éste o, si se prefiere, una consecuencia obligada del modelo de mundialización económica para los países periféricos. En el modelo, por lo que se refiere al llamado neoliberalismo, se propone un Estado reducido, un gobierno fuerte hacia adentro y débil frente a los grupos económicos dominantes y los gobiernos de los países desarrollados (también dominantes) y, desde luego, una sociedad atomizada, individualizada, competitiva y, por lo mismo, con reducidas capacidades para organizarse, exigir y controlar su destino.

Estado reducido quiere decir, en pocas palabras, un Estado que no regula a las fuerzas del mercado, que abandona a su suerte a la población no dominante o, peor aún, que la trata de controlar para beneficio de esas fuerzas del mercado en todo aquello que éstas necesitan: orientación de la educación, salarios, formas de organización (de preferencia su desorganización), y otros elementos

² R. B. Reich, *The Work of Nations*, citado en Paul Hirst & Grahame Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge, U.K., Polity, 1996.

que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo y el trabajo mismo bajo condiciones fijadas por los intereses de los grandes capitales.

Gobierno fuerte hacia adentro significa un poder suficiente para controlar a la población en los límites convenientes para los intereses que el gobierno representa o a los que sirve. Y gobierno débil hacia el exterior quiere decir exactamente lo que se está diciendo, es decir dócil a los intereses a los que sirve y, por lo tanto, de espaldas a la población que en la democracia formal, en el mejor de los casos, lo llevó al poder.

El Estado es una abstracción real, pero el gobierno es algo muy concreto, formado por personas concretas y todo lo que esto implica. El Estado es una derivación del capital y en los países periféricos una derivación de la economía mundial constituida³. El Estado en los países desarrollados no sólo es una derivación del capital necesaria para la reproducción de éste, sino que es garantía para la expansión del capital dominante y para su dominación sobre otros Estados (los grandes grupos capitalistas se apoyan en la fuerza de los Estados de sus países sede para defender sus intereses en otros países). El Estado en los países periféricos, en cambio, es el puente por el que pasan los intereses imperialistas para dominar a una nación (para destruirla también). En esta lógica, un gobierno puede ser usado (o determinado) en función de su fuerza hacia el interior de un país, y la fuerza de un gobierno está en función del régimen político imperante.

Entre el Estado y el gobierno, valga el esquema, está el régimen, materialización del Estado y resultado de la correlación de las fuerzas sociales en un país dado. Para que un gobierno pueda sostenerse a pesar de sus políticas antipopulares, dependerá del régimen político, es decir del régimen resultado de la correlación de fuerzas existentes. Si los intereses que garantiza el Estado requieren de un régimen dictatorial, se buscará la manera de instaurarlo, y el gobierno que resulte de éste será una dictadura. Y así podrían ponerse más ejemplos. Por lo tanto, sólo la sociedad organizada puede cambiar para su beneficio a un régimen por otro, si tiene suficiente fuerza para hacerlo. Si no lo hace la sociedad, lo harán los grupos económicos dominantes, cada vez menos nacionales y cada vez más multinacionales, siempre en función de sus necesidades e intereses.

De aquí que la única manera de cambiar un régimen por otro sea en cada país, es decir en el ámbito de un Estado-nación. Es impensable que la sociedad de un país pueda cambiar el régimen de otro. Por esto es que decimos que la lucha contra el modelo neoliberalismo-mundialización tiene que ser internacional por su contenido pero nacional por su forma y, por lo mismo, que pasa por la defensa del Estado-nación como único ámbito de lucha concreta y posible.

³ Gilberto Mathias y Pierre Salama, *El Estado sobredesarrollado*, México, Era.

Sólo en un Estado-nación puede cambiarse un régimen por otro y sólo la sociedad, independientemente de quién gobierne, puede configurar un régimen en el que las libertades, la democracia, la justicia y el respeto a la voluntad popular sean garantizadas. Si un régimen responde a las necesidades y a los intereses históricos de la sociedad mayoritaria, el gobierno que en ese régimen se encargue de ejecutar las políticas públicas será un gobierno independiente de las directrices hegemónicas mundialmente que defienden el neoliberalismo y la mundialización económica.

En muy pocas palabras, el neoliberalismo y la mundialización económica como operan en el presente sólo podrán ser combatidos si en cada Estado-nación la sociedad mayoritaria construye un régimen político a su conveniencia y que garantice que esa sociedad pueda determinar (y no sólo influir en) las políticas públicas necesarias para la prosperidad de las mayorías. Ganar gobiernos mediante la acción partidaria, sin modificar sustancialmente la democracia de élites que ha imperado en el capitalismo (cuando ha habido democracia) y que incluye a las direcciones de los partidos, no es suficiente para revertir el proceso perverso del neoliberalismo y la mundialización económica. Es necesario que el régimen político garantice la presencia permanente de la sociedad, su vigilancia, para que un gobierno, por legítimo que sea, actúe en función de sus representados auténticos. Sólo si la sociedad gana el terreno que le corresponde en cada país, incluso en los países sede de las grandes empresas que dominan la economía mundial, será posible la lucha contra el neoliberalismo y la mundialización económica a escala planetaria.